

Good bye, Mr. Bond

■ De niños jugábamos al "paco y ladrón" y en la persecución al compañero por patios y jardines, principiábamos a sentir la excitación vivificante que significaba la fantasía de ir tras un infractor de la ley y sentirnos representantes del orden y la justicia.

Más tarde, principiábamos a ir al cine y en las matinés con las seriales que siempre se interrumpían en el momento de mayor peligro, cuando el jovencito bueno estaba a punto de caer en las fatídicas redes que le tendía el villano, aprendimos a conocer un mundo más amplio y heroico. Y nuestros juegos se poblaron de cowboys galopantes, nuestras camisas se ornamentaron con estrellas de papel plateado con la insignia del Sheriff y fuimos en nuestra imaginación, el vaquero diestro en el uso de la pistola, amante de la paz; el llanero solitario que recorría las praderas combatiendo con los fatídicos pieles rojas y recibiendo como premio el beso de la heroína rúbia y frágil, que siempre identificábamos con la vecina, por más que ella fuera morena y fortachita.

Pero por mucho que la vida adulta dé seriedad a los seres humanos y los juegos pasen a la trastienda del recuerdo, la fantasía no le abandona. Y pronto descubrimos que al "paco" de los primeros años; al cowboy de la preadolescencia, otro prototipo les iba a suceder poblando de ilusiones los sueños de hombre grande. Fueron los espías moviéndose en ambientes sofisticados, enterándose de espantosos secretos, mientras sorbían un martini, poseedores de armas ultrasecretas, de lapiceras capaces de cegar, de anteojos con micrófonos y grabadoras, de dados que eran bombas explosivas. Y, lo más importante, teniendo que vencer al contraespionaje personificado en mujeres formidables que tratan de arrancarnos nuestros "top secrets" haciendo uso de todos sus encantos femeninos.

Si James Bond, el personaje creado por Ian Fleming, tuvo el éxito instantáneo que tuvo, fue porque supo compendiar y magnificar esa oculta fantasía del hombre adulto. Su éxito fue tal que no se le permitió morir a la muerte de su autor y otros escritores siguieron dando vida al mítico super-espía que el cine popularizó con los rostros y los cuerpos de Sean Connery, David Niven, Roger Moore.

Por cierto, que como toda fantasía, ella

despegaba de una realidad. Existía el Servicio de Inteligencia de su Majestad Británica, sabíamos de la existencia de la K.G.B. y, sobre todo, teníamos plena conciencia de la presencia constante y permanentemente de una CIA.

Pero cada día el mundo nos va robando las ilusiones y quedamos expuestos a una realidad que, o es sórdida, o es pedestre, o está penetrada por la implacable rutina.

El cable nos trae noticias de que las reglas del juego en el espionaje están cambiando. Que quien es sorprendido en este apasionante juego es aprehendido, procesado y condenado como un delincuente cualquiera. William Colby, ex jefe de la CIA, escribe un libro que se llama "Mi vida en la CIA" y su relato nos muestra a un burócrata cualquiera, dispuesto a hacer bien su trabajo, pero sin la poesía que les asignamos siempre a los espías. Hasta Mr. Colby se permite sustentar la teoría que sus agentes deben ser responsables de su trabajo ante el Senado de los Estados Unidos, que deben develar sus secretos ante senadores que los interrogan y que, como cualquier empleado público, no pueden darse el lujo de ninguna infracción legal.

No hay salud. Se nos acaban los espías románticos y tenebrosos, James Bond se ha convertido en un personaje de ciencia-ficción, más semejante a los marcianos o a los selenitas que a un ser de nuestro planeta.

¿Qué fantasía le queda ahora al hombre que, ahogado por la rutina, la prosa, los problemas económicos, el cálculo de sus entradas y de sus gastos, quiere dejar volar su imaginación y pensar que es un héroe solitario? ¿Deberá retrotraerse a su época de cowboy? ¿Tendrá que, a escondidas, jugar en la intimidad de su casa, al "paco y ladrón"? ¿O, incitado por la televisión, poblará su mente de imágenes pensando que es el hombre biónico enamorado de la mujer biónica?

Pero de ser esto último... ¿Cómo diablos doy un salto de veinte metros?

Por ahora, y ante la nueva política de puertas abiertas de la CIA, no queda otra cosa que despedirnos de nuestra última escapista ilusión.

Good bye, Mr. Bond.

PARTIQUINO.